



## **Sigmund Freud**

### **CVII. PEGAN A UN NIÑO**

#### **APORTACIÓN AL CONOCIMIENTO DE LA GÉNESIS DE LAS PERVERSIONES SEXUALES (\*)**

1919

I La fantasía de presenciar cómo «pegan a un niño» es confesada con sorprendente frecuencia por personas que han acudido a someterse al tratamiento psicoanalítico en busca de la curación de una histeria o una neurosis obsesiva, y surge probablemente aún con mayor frecuencia en otras que no se han visto impulsadas a tal decisión por una enfermedad manifiesta. A esta fantasía se enlazan sensaciones placientes, y a causa de las cuales ha sido reproducida infinitas veces o continúa siéndolo. Al culminar la situación imaginada se impone al sujeto regularmente una satisfacción sexual de carácter onanista, voluntaria al principio, pero que puede tomar más tarde un carácter obsesivo.

La confesión de esta fantasía cuesta gran violencia al sujeto; el recuerdo de su primera emergencia es harto inseguro, y su investigación analítica tropieza con una resistencia inequívoca. La vergüenza y el sentimiento de culpabilidad parecen actuar aquí con mucha mayor energía que en confesiones análogas sobre los recuerdos primeros de la vida sexual.

Conseguimos fijar, por fin, que las primeras fantasías de este género surgieron en época muy temprana; desde luego, antes del período escolar, hacia los cinco o los seis años. Cuando el niño veía pegar a otros en la escuela, este suceso despertaba de nuevo la fantasía en aquellos casos en los que ya había sido abandonada, o la intensificaba cuando aún no existía, modificando su contenido de un modo singular. A partir de aquí «pegaban a muchos niños». La influencia de la escuela era tan clara, que los pacientes se inclinaban a un principio de referir exclusivamente sus fantasías de flagelación a esta impresión de la época escolar posterior a sus seis años. Pero esta hipótesis no pudo mantenerse nunca, pues siempre se demostraba que tales fantasías habían existido ya con anterioridad.

Cuando en clases más avanzadas del colegio cesaba la posibilidad de estos sucesos, su influencia quedaba sustituida por la de las lecturas. En el medio en que vivían mis pacientes habían sido siempre los mismos libros accesibles a la juventud los que habían suministrado nuevos elementos a sus fantasías de flagelación: la llamada Biblioteca Roca, La cabaña del tío Tom y otros semejantes. En competencia con estas narraciones comenzó ya la propia actividad imaginativa del niño a inventar una gran cantidad de situaciones e instituciones en las cuales los niños eran maltratados o castigados en alguna forma por su mala conducta o sus vicios.

Dado que la fantasía de presenciar cómo pegan a un niño aparecía regularmente enlazada a un elevado placer y culminaba en un acto de satisfacción autoerótica placiente, hubiera sido de esperar que también el presenciar en la escuela el castigo de otro niño hubiera constituido una fuente de análogo placer.

Pero esto no sucedía nunca. La asistencia a escenas reales de este género provocaba en el infantil espectador sentimientos singularmente tumultuosos y probablemente mixtos, en los que había una gran parte de repulsa. En algunos casos, la asistencia real al castigo resultaba intolerable para el sujeto. Por lo demás, también en las más refinadas fantasías de años ulteriores constituía un requisito necesario que el niño castigado no recibiera ningún daño serio.

Hemos de preguntarnos qué relación puede existir entre el sentido de estas fantasías y las correcciones corporales recibidas realmente por el niño en su educación familiar. La sospecha de que se trataba de una relación inversa no pudo ser comprobada a causa de la unilateralidad del material. Las personas

que suministraban la materia de estos análisis sólo muy raras veces habían sido golpeadas en su infancia, y nunca se trataba de individuos educados a fuerza de golpes, aunque, naturalmente, no hubieran dejado de comprobar alguna vez la superioridad física de sus padres o educadores y hubiesen tomado parte en las peleas, que nunca faltan, entre hermanos o camaradas de juego.

En aquellas fantasías más tempranas y simples, que no mostraban relación ninguna directa con las impresiones escolares o las lecturas del niño, la investigación trató de llegar a un más profundo conocimiento. ¿Quién era el niño maltratado? ¿El sujeto mismo de la fantasía u otro niño distinto? ¿Y quién era el que maltrataba al niño? ¿Una persona adulta? Y entonces, ¿qué persona era ésta? ¿O imaginaba el niño ser él mismo quien golpeaba a otro? Todas estas interrogaciones recibían la misma hosca respuesta: «No sé...; pegaban a un niño.»

Las averiguaciones con respecto al sexo del niño maltratado tuvieron más éxito, aunque tampoco nos aproximaron más a la comprensión. La respuesta era algunas veces: «Siempre niños», o «Siempre niñas», y con mayor frecuencia «No lo sé», o «Es igual». Lo que interesaba al investigador, o sea, el descubrimiento de una relación constante entre el sexo del sujeto de la fantasía y el del niño maltratado, no surgía jamás. Algunas veces se agregaba al contenido de la fantasía algún detalle característico, tal como el de que el niño era golpeado sobre el trasero desnudo.

En estas circunstancias no podía siquiera decidirse si el placer concomitante a la fantasía de flagelación era de carácter sádico o masoquista.

II Tal fantasía, emergida en temprana edad infantil, al estímulo, quizá, de impresiones casuales, y conservada luego para la satisfacción autoerótica, había de ser considerada por el análisis como un signo primario de perversión. Uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los demás en la evolución, se habría hecho prematuramente independiente y se habría fijado, escapando así a los procesos evolutivos ulteriores y testimoniando una constitución especial anormal del individuo correspondiente. Sabemos que tal perversión infantil no persiste obligadamente a través de toda la vida, pues puede sucumbir luego a la represión, ser sustituida por un producto de reacción o transmutada por una sublimación. (Aunque quizá lo que sucede es que la sublimación nace de un proceso especial, obstruido por la represión.) Pero cuando estos procesos no se desarrollan, la perversión persiste en la vida adulta, y al comprobar en un individuo una aberración sexual -perversión, fetichismo, inversión- esperamos justificadamente descubrir por medio de la investigación amnésica un suceso infantil que haya provocado una fijación.

Ya antes de los tiempos del psicoanálisis ha habido observadores, como Binet, que han referido las singulares aberraciones de la edad madura a tales impresiones infantiles, y precisamente a las recibidas por el sujeto a partir de los cinco o los seis años. Pero la investigación de estos observadores tropezó con el hecho desconcertante de que las impresiones causantes de la fijación carecían de toda fuerza traumática, mostrándose en su mayor parte insignificante, sin que pudiera decirse por qué la tendencia sexual había quedado fijada precisamente a ellas. Sin embargo, podía intentarse hallar su sentido en el hecho de haber ofrecido una ocasión casual de fijación a los componentes sexuales anticipados y había de suponerse que la concatenación casual presentaría en algún punto un fin provisional. Precisamente, la constitución congénita parecía llenar todas las condiciones exigibles a tal fin.

Si el componente sexual prematuramente independiente es el sádico, habremos de esperar, basados en nuestra experiencia analítica, que su ulterior represión haga surgir una disposición a la neurosis obsesiva. No puede decirse que esta hipótesis haya sido controvertida por los resultados de la investigación.

Entre los seis casos en cuyo minucioso estudio basamos el presente trabajo (cuatro mujeres y dos hombres) los había, en efecto, de neurosis obsesiva, gravísimo uno de ellos, otro menos grave, accesible al influjo analítico, y por último, un tercero, que, por lo menos, mostraba algunos precisos rasgos de tal neurosis. Un cuarto caso era una franca histeria, con síntomas dolorosos e inhibiciones, y el quinto lo constituía un individuo que acudía al análisis a causa únicamente de cierta indecisión ante la vida y que no hubiera sido clasificado por el diagnóstico clínico general o simplemente incluido, entre los psicasténicos. No debemos considerar que esta estadística defrauda nuestras esperanzas, pues, en primer lugar, sabemos que no toda

disposición ha de continuar desarrollándose hasta la enfermedad, y en segundo, habrá de bastarnos con explicar lo que ante nosotros hallamos, sin entrar para nada en explicar también por qué no se ha producido.

Hasta este punto, y sólo hasta él, nos permiten penetrar en la comprensión de las fantasías de flagelación nuestros conocimientos actuales. Pero el médico analista ha de sospechar que el problema no queda resuelto al reconocer que tales fantasías permanecen, por lo general, ajenas al contenido restante de la neurosis y no encuentran lugar apropiado para insertarse en él.

III En realidad, sólo podemos hablar de un psicoanálisis correcto cuando la labor psicoanalítica ha conseguido suprimir la amnesia que oculta al adulto el conocimiento de su vida infantil entre los dos y los cinco años. Esto no puede decirse demasiado alto ni repetirse mucho entre los analistas. Los motivos que impulsan a desatender esta advertencia son fácilmente comprensibles. Todos quisieran conseguir resultados aprovechables en poco tiempo y con poco esfuerzo. Pero actualmente, el conocimiento teórico es mucho más importante para todos nosotros que el éxito terapéutico, y aquellos que descuidan el análisis de la época infantil caerán en graves errores. Esta acentuación de la importancia de las experiencias tempranas no quiere decir que despreciemos la influencia de las ulteriores. Pero éstas son ya estimadas y descritas por el mismo enfermo, mientras que las infantiles han de ser buscadas y devueltas a su verdadera significación por el médico. El período infantil que se extiende entre los dos y los cuatro o los cinco años es aquel en el cual despiertan y son enlazados a determinados complejos por las experiencias del sujeto los factores libidinosos congénitos. Las fantasías de flagelación aquí estudiadas no se muestran sino al final de este período o después de él. Pudieran, pues, tener muy bien una prehistoria, haber realizado una evolución y corresponder a un desenlace y no a un principio.

Esta hipótesis queda confirmada por el análisis. La aplicación consecuente del mismo nos enseña que las fantasías de flagelación tienen una historia evolutiva harto complicada, en cuya trayectoria varían más de una vez casi todos sus elementos: su relación con el sujeto, su objeto, su contenido y su significación.

Para seguir más fácilmente estas transformaciones de las fantasías de flagelación me limitaré a exponer las observaciones realizadas en sujetos femeninos, predominantes en el material de que dispongo (cuatro casos femeninos y dos masculinos). Pero, además, a las fantasías de flagelación de los hombres se enlaza otro tema que no quisiéramos tocar en el presente trabajo. En nuestra exposición cuidaremos también de no esquematizar más de lo inevitable. Aunque nuevas observaciones ulteriores nos demuestren una mayor diversidad en los hechos, estamos seguros de haber aprehendido un suceso típico nada raro.

Así pues, la primera fase de las fantasías de la flagelación en sujetos femeninos habrá de corresponder a una época infantil muy temprana. En tales fantasías hay algo que permanece singularmente indeterminado, como si fuera por completo indiferente. La escasa información que obtenemos de las enfermas en su primer relato -«pegan a un niño»- parece, pues, justificada. Pero, en cambio, hay otra cosa que puede determinarse con plena seguridad y siempre en el mismo sentido. El niño maltratado no es nunca el propio sujeto sino otro; por lo general, un hermano o hermana menor, cuando los tiene. Pero como puede ser un hermano o una hermana, tampoco este detalle nos descubre una relación constante entre el sexo del sujeto y el del protagonista de su fantasía. Esta no es, pues, seguramente, de carácter masoquista y nos inclináramos a considerarla de carácter sádico si no atendiéramos al hecho de que el propio sujeto no es tampoco el que maltrata al niño en la fantasía. La personalidad del autor de los maltratados no aparece claramente definida al principio. Sólo averiguamos que no se trata de otro niño, sino de un adulto. En esta persona adulta indeterminada nos es luego posible reconocer inequívocamente al padre (de la niña).

Por tanto, esta primera fase de la fantasía de flagelación puede quedar descrita diciendo que el padre pega al niño.

Dejaremos ya entrever mucha parte del contenido al que luego habremos de referirnos, sustituyendo esta descripción por la siguiente: el padre pega al niño odiado por mí. Por otro lado, podemos vacilar en reconocer también el carácter de fantasía a este grado preliminar de la ulterior fantasía de flagelación. Trátase, quizá, más bien de recuerdos relativos a sucesos de este género presenciados por el sujeto en su primera infancia, o de deseos surgidos en su ánimo en diversas ocasiones. Pero estas dudas carecen de importancia.

Entre esta primera fase y la siguiente tienen efecto grandes transformaciones.

La persona que pega al niño continúa siendo la misma, pero el niño maltratado es otro, generalmente el propio sujeto infantil de la fantasía, la cual provoca ya un elevado placer y recibe un importante contenido, cuya derivación nos ocupará más adelante. Su descripción será ahora la siguiente: yo soy golpeado por mi padre. Tiene, pues, un indudable carácter masoquista.

Esta segunda fase es la más importante de todas. Pero en cierto sentido podemos decir que no ha tenido nunca existencia real. No es jamás recordada ni ha tenido nunca acceso a la consciencia. Es una construcción del análisis, pero no por ello deja de constituir una necesidad.

La tercera fase se asemeja nuevamente a la primera. Su descripción nos es conocida ya por las informaciones, antes consignadas, de las pacientes. La persona que pega no es nunca la del padre; queda indeterminada, como en la primera fase, o representada típicamente por un subrogado paterno (el maestro). La propia persona del sujeto de la fantasía no aparece ya en ésta. A las preguntas del médico, las pacientes oponen una absoluta ignorancia o se limitan a declarar que les parece figurar en la fantasía como simples espectadoras. En las fantasías de las niñas son predominantemente niños los golpeados, pero sin que la sujeto pueda identificarlos individualmente. La situación primitiva de la fantasía, sencilla y monótona, puede experimentar múltiples variaciones, y la flagelación misma puede quedar sustituida por castigos y humillaciones de otro género. Pero el carácter esencial en que incluso las fantasías más sencillas de esta fase se diferencian de las de la primera y que establece su relación con la fase media es el siguiente: la fantasía es ahora el sustentáculo de una intensa excitación, inequívocamente sexual, y provoca, como tal, la satisfacción onanista. Pero precisamente esto es lo enigmático: ¿cuál es el cambio por el que esta fantasía, ya de carácter sádico, en la que son maltratados unos niños desconocidos, llega a convertirse, a partir de esta fase, en un elemento persistente de la tendencia libidinosa de la niña?

No nos ocultamos que tanto la relación y la sucesión de las tres fases de esta fantasía como todas sus demás peculiaridades continúan siéndonos incomprensibles.

IV Si conducimos en análisis a través de aquellas épocas tempranas en las cuales está situada la fantasía de flagelación al ser recordada por las pacientes, comprobamos que la niña se hallaba en dicha época bajo el influjo de los estímulos emanados de su complejo parental.

La niña aparece, en este período, tiernamente fijada al padre, que ha hecho, probablemente, todo lo necesario para provocar tal fijación, sembrando con ello la semilla de una actitud hostil a la madre, actitud que persistirá al lado de una tendencia cariñosa y a la que puede estar reservado hacerse más intensa y más claramente consciente con el transcurso de los años o provocar, por reacción, una exagerada adhesión amorosa a la personalidad materna. Pero la fantasía de flagelación no se enlaza con las relaciones entre hija y madre. En la familia hay otros niños, poco mayores o menores, a los cuales la sujeto no quiere, por diversas razones; pero, sobre todo, porque ha de compartir con ellos el amor de los padres, rechazándolos, por tanto de sí, con la salvaje energía propia de la vida sentimental en esta edad. Cuando se trata de una hermanita menor (como en tres de mis cuatro casos), la sujeto la desprecia, además de odiarla, pero tiene que presenciar cómo atrae a sí aquel exceso de ternura que los padres tienen siempre dispuesto para el hijo menor. Comprende perfectamente que el pegar a alguien, aun sin hacerle daño, significa una negación de cariño y una humillación. Son así muchos los niños que creían poseer el inquebrantable amor de sus padres y a quienes un solo golpe hace caer de las alturas de su imaginada omnipotencia. La idea de que el padre pega a aquel odiado niño será, pues, muy agradable y surgirá independientemente del hecho de haber presenciado o no tal suceso. Tal idea significaría: «El padre no quiere a este otro niño; sólo me quiere a mí.»

Este es, por tanto, el contenido y el sentido de la fantasía de flagelación en su primera fase. La fantasía satisface claramente los celos del niño y depende directamente de su vida erótica, pero es apoyada también con gran energía por sus intereses egoístas. No podemos, pues, resolvernos a considerarla puramente sexual ni nos atrevemos tampoco a calificarla decididamente de sádica. Los caracteres en los cuales estamos acostumbrados a basar nuestras diferenciaciones van haciéndose más borrosos conforme nos acercamos a su origen. Así pues, podemos parafrasear la predicción de las «tres hermanas del destino», a Banquo, y decir con respecto a estas fantasías: «No son, desde luego, sexuales: no son tampoco sádicas, pero constituyen la materia de que ambas cosas saldrán en lo por venir.» En cambio, nada nos hace sospechar que ya esta primera fase de la fantasía provoque una excitación que haya de ser derivada en un acto onanista.

En esta prematura elección de objeto del amor incestuoso alcanza claramente la vida sexual del niño el grado de la organización genital, circunstancia que resulta, desde luego, más fácil de comprobar a los niños, pero que tampoco en las niñas puede dar lugar a grandes dudas. La tendencia libidinosa infantil aparece, en efecto, dominada por una sospecha de los fines sexuales ulteriores, definitivos y normales. Podemos preguntarnos asombrados la causa de tal singularidad, pero hemos de aceptar como prueba el hecho de que los genitales inicien ya en esta época su intervención en el proceso de la excitación. El deseo de tener un hijo con la madre no falta jamás en el niño, y el de concebir un hijo del padre es constante en las niñas; todo ello a pesar de una completa incapacidad para concebir el camino que puede conducir al cumplimiento de tales deseos. El niño parece sospechar que los genitales tienen en ello alguna intervención, aunque su actividad investigadora puede buscar la esencia de la intimidad propuesta entre los padres en otras relaciones distintas, tales como la de dormir juntos, las de orinar al mismo tiempo, etc., representaciones más fáciles de aprehender en conceptos verbales que la oscura sospecha relativa a los genitales.

Pero no tarda en llegar la época en que estos tempranos brotes sexuales quedan agostados. Ninguno de estos enamoramientos incestuosos escapa a la fatalidad de la represión. Sucumben a ella, bien en ocasiones exteriores fácilmente comprobables, que provocan una decepción -ofensas inesperadas, el nacimiento de un hermanito, considerado como una infidelidad, etc-, bien por motivos internos o simplemente por hacerse esperar demasiado el cumplimiento del deseo. Pero, desde luego, la causa eficiente no ha de buscarse en nada de esto, siendo de suponer que tales relaciones amorosas se hallan destinadas a sucumbir alguna vez, sin que podamos decir a qué. Lo más verosímil es que mueran sencillamente porque ha pasado su tiempo y porque los niños entran en una nueva fase de la evolución, en la cual se ven forzados a repetir la represión de la elección de objeto incestuosa de la historia de la Humanidad, como antes se vieron impulsados a realizar tal elección de objeto (recuérdese el Destino en el mito de Edipo). Aquello que persiste en lo inconsciente como resultado psíquico de los impulsos eróticos incestuosos no es cogido por la consciencia de la nueva fase, y lo que ya se había hecho consciente es expulsado nuevamente de la consciencia. Simultáneamente a este proceso de represión surge una consciencia de culpabilidad, también de origen desconocido, pero enlazada indudablemente a aquellos deseos incestuosos y justificada por la persistencia de los mismos en lo inconsciente.

La fantasía de la época erótica incestuosa decía: «El (el padre) me quiere sólo a mí y no al otro niño, puesto que le pega.» La consciencia de culpabilidad no encuentra castigo más duro que la investigación de este triunfo: «No, no te quiere, pues te pega.» De este modo, la fantasía de la segunda fase, en la cual el propio sujeto es maltratado por el padre, llega a ser una expresión directa de la consciencia de culpabilidad, a la cual sucumbe entonces el amor del padre. Se ha hecho, pues, masoquista. Que yo sepa, es éste un hecho constante; la consciencia de culpabilidad es siempre el factor que transforma el sadismo en masoquismo. Pero no es éste, ciertamente, todo el contenido del masoquismo. La consciencia de culpabilidad no puede ser el único elemento eficiente; ha de compartir el dominio con las tendencias eróticas. Recordemos que se trata de niños en los cuales el componente sádico pudo emerger de un modo prematuro y aislado, por causas constitucionales. No necesitamos abandonar este punto de vista: precisamente en estos niños queda muy facilitada una regresión a la organización pregenital sádico-anal de la vida sexual. Cuando la organización genital apenas alcanzada sucumbe a la represión, no surge, como única consecuencia, la de que todos los elementos psíquicos representativos del amor incestuoso se hagan o permanezcan inconscientes. Sucede también que la misma organización genital experimenta una desgracia regresiva. La idea «el padre me ama» tenía un sentido genital; la regresión la transforma en la siguiente: «El padre me pega (yo soy pegado por el padre).» Este «ser pegado» constituye una confluencia de la consciencia de culpabilidad con el erotismo; no es sólo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva, y de esta última fuente extrae la excitación libidinosa, que desde este punto queda unida a ella y buscará una descarga en actos onanistas. Pero ésta es ya la esencia del masoquismo.

La fantasía de la segunda fase, en la cual el sujeto es pegado por el padre, permanece, por lo general, inconsciente probablemente a consecuencia de la intensidad de la represión. No puedo indicar por qué en uno de mis seis casos (uno masculino) era recordada conscientemente. Este hombre, ya en plena madurez, había conservado con toda claridad en la consciencia el recuerdo de haber utilizado para fines onanistas la representación de ser pegado por su madre, si bien esta última quedó pronto sustituida en tales fantasías por las madres de algunos de sus discípulos o por otras mujeres cualesquiera que presentaran alguna semejanza con ella. No debe olvidarse que al transformarse las fantasías incestuosas de los niños en las

fantasías masoquistas correspondientes tiene efecto una inversión más que en el caso de las niñas, inversión consistente en la sustitución de la actividad por la pasividad, y que esta mayor medida de deformación puede quizá evitar a la fantasía la permanencia de lo inconsciente como resultado de la represión. A la consciencia de la culpabilidad le hubiera bastado, por tanto, la agresión, en lugar de la represión. En los casos femeninos, la consciencia de culpabilidad, más exigente quizá, sólo habría quedado satisfecha con la acción conjunta de ambos procesos.

En dos de mis cuatro casos femeninos la fantasía masoquista de flagelación constituía la base de toda una serie de sueños diurnos, muy importantes en la vida de los interesados, a los que correspondió la función de hacer posible un sentimiento de excitación satisfecha, aun renunciando al acto onanista. En uno de estos casos la fantasía de ser pegado por el padre podía arriesgarse aún a emerger en la consciencia, bajo la condición de que el propio yo apareciese irreconociblemente disfrazado. El héroe de estas historias era regularmente maltratado por el padre, y más tarde sólo castigado, humillado, etc.

Repetiremos, sin embargo, que, por lo general, la fantasía permanece inconsciente y ha de ser reconstruida en el análisis. Esto da, quizá, la razón a aquellos pacientes que quieren recordar que el onanismo surgió en ellos con anterioridad a la fantasía de flagelación de la tercera fase, de la cual vamos a ocuparnos inmediatamente. Esta fantasía se habría agregado más tarde al onanismo, quizá bajo la impresión de las escenas escolares. Cuantas veces hemos dado crédito a esta información nos hemos inclinado a suponer que el onanismo se hallaba al principio bajo el imperio de la fantasía inconsciente, sustituida después por la consciente.

Como tal sustitución interpretamos, pues, la fantasía de flagelación de la tercera fase, o sea, la estructura definitiva de la misma, en la cual el infantil sujeto imaginativo aparece, a lo más, como espectador, conservándose en ella el padre, pero representado por la persona de un maestro u otro superior cualquiera. La fantasía, análoga a ahora a aquella de la primera fase, parece haber vuelto a adquirir un carácter sádico. Nos parece como si en esta fase: «El padre pega al otro niño y no quiere a nadie más que a mí», hubiese retrocedido el acento a la primera parte, después de haber sucumbido la segunda a la represión. Pero sólo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción de ella extraída es masoquista; su significación está en que ha tomado la carga libidinosa en la parte reprimida, y con ella también el sentimiento de culpabilidad concomitante al contenido. Todos los niños desconocidos golpeados por el maestro no son sino subrogados de la propia persona.

Se muestra aquí también por vez primera algo como una constancia del sexo de los personajes de la fantasía. Los niños golpeados son casi siempre de sexo masculino, tanto en las fantasías de los niños como en las de las niñas. Esta particularidad no se explica, desde luego, por una competencia eventual de los sexos, pues entonces en las fantasías de los niños serían niñas las maltratadas, ni tiene tampoco nada que ver con el sexo del niño odiado en la primera fase, sino que indica el desarrollo de un complicado proceso de las niñas. Cuando éstas se apartan del amor incestuoso de sentido genital al padre, rompen, en general, fácilmente con su femineidad, reaniman su «complejo de masculinidad» (van Ophuijsen) y abrigan, a partir de este punto, el deseo de ser un chico. De aquí que sean también niños los representantes de su propia persona en las fantasías. En los dos casos de sueños diurnos antes citados los protagonistas eran siempre hombres jóvenes, no apareciendo al principio en tales creaciones mujer alguna y sí sólo al cabo de muchos años y como personajes secundarios.

V Espero haber expuesto mis resultados analíticos con detalle suficiente. Sólo habré de añadir que los seis casos mencionados no constituyen todo mi material, pues dispongo, como también otros analistas, de un número mucho mayor de casos, menos detenidamente investigados. Estas observaciones pueden ser utilizadas en distintos sectores, y sobre todo para las investigaciones de la génesis de las perversiones, especialmente del masoquismo y para el estudio de la intervención de la diferencia sexual en la dinámica de la neurosis.

El primer resultado de nuestro estudio se refiere a la génesis de las perversiones. No tenemos por qué variar nuestra hipótesis, que atribuye en este punto máxima importancia a la intensificación constitucional o a la anticipación de un componente sexual; pero con esto no está dicho todo. La perversión no aparece ya

aislada en la vida sexual del niño, sino que es acogida en el conjunto de los procesos evolutivos típicos -por no decir normales- que ya conocemos. Queda relacionada con el amor objetivado incestuoso del niño con su complejo de Edipo; surge por vez primera basada en este complejo, y a su desaparición queda subsistente como resto, muchas veces único, del mismo, como legataria de su carga libidinosa y sustentáculo de la consciencia de culpabilidad a él adherida. Por último, la constitución sexual anormal ha mostrado su energía imponiendo al complejo de Edipo una orientación especial y obligándole a subsistir en un fenómeno residual desacostumbrado.

Como es sabido, la perversión infantil puede constituir la base del desarrollo de una perversión de igual sentido, que persista, a través de toda la existencia del sujeto, y devore por entero su vida sexual o, por el contrario, puede ser interrumpida y permanecer en el fondo de un desarrollo sexual normal, al cual robará, de todos modos, una cierta magnitud de energía. El primer caso era ya conocido en la época preanalítica; pero el abismo abierto entre ambos ha sido cegado casi por completo por la investigación analítica de tales persiones plenamente desarrolladas. Hallamos, en efecto, con bastante frecuencia, que estos perversos han experime